

METAFÍSICA Y PHRÓNESIS: PERSPECTIVAS ANALÓGICAS

Joel Hernández Otañez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Resumen

La hermenéutica analógica es una teoría filosófica que busca una postura mediadora en la realidad. Intenta apartarse de los extremos equivocistas y univocistas. Aunado a esto, Mauricio Beuchot relaciona a la epistemología, la ética y a la metafísica, mediante una visión interpretativa. En su análisis plantea que no podemos actuar y pensar sin un sustento originario. La ética es concebida como prudencia, es decir, como una virtud que pondera el equilibrio en las decisiones. Éstas logran consolidarse mediante la reflexión interpretativa. Mientras que la metafísica supone la convicción vital de saberse parte del Ser, es decir, concebir el sentido de sí y de lo Otro desde la phronesis.

Abstract

Analogic Hermeneutics is a philosophical theory that takes a medium stand about reality. It tries to be detached of equivocal and univocal sides. Moreover, Mauricio Beuchot relates epistemology to ethics and metaphysics through this interpretative vision. In his analysis, he says that we cannot act or think without a primary support. Ethics is conceived like prudence, I mean, like a virtue that praises the balance of decisions. These ones can consolidate through the interpretative reflection. Meanwhile metaphysics supposes the vital conviction of forming part of Being, in other words, to conceive myself sense and others sense from the phronesis.

El *Tratado de hermenéutica analógica*, como su título lo indica, propone un nuevo modelo de interpretación. Se erige como teoría que permite su aplicación a otras disciplinas. No es una propuesta cerrada sino abierta. Contribuye a que diversas áreas del pensamiento se orienten mediante una interpretación equilibrada respecto a los fenómenos que estudian. Al tiempo que es incluyente, fija límites que no tergiversen su aportación filosófica.

Sabemos que la hermenéutica se aboca principalmente a la interpretación de textos porque éstos entrañan más de un sentido. Una obra no es un dato evidente sino que exige dilucidar los alcances de lo que propone. El hecho de que el texto manifieste, refiera o explique, obliga a descifrar sus sentidos. De allí que para Beuchot la sutileza de la hermenéutica transite del sentido superficial al oculto.¹ Des-velar, entresacar o avizorar los secretos que conlleva un texto, es interpretar. Decodificar la obra es una primera exigencia interpretativa; la segunda será la apropiación de lo vislumbrado.

La ventaja de la hermenéutica analógica es que tiene la virtud de relacionar y equilibrar. Propone que la diferencia subsiste en la unidad. Comprende que pueden haber distintos sentidos para interpretar un fenómeno o un texto. No se parcializa en la exclusión ni, mucho menos, en la sumisión de que todo es posible. La analogicidad del buen hermeneuta es comprender equilibrando.

La interpretación desentraña las ideas del texto. No es la ocurrencia subjetiva o la apreciación relativa. No exime la posibilidad de plantear algo nuevo pero siempre bajo el criterio de la pertinencia. Para la hermenéutica decir más no es decir lo que sea; es admitir que el ejercicio interpretativo puede encontrar nuevas ideas o relaciones entre textos. Este criterio epistemológico es admitido por la hermenéutica analógica pero, a diferencia de otras hermenéuticas, interpreta pregonando el equilibrio. No acepta la desproporción que desvaría en multitud de afirmaciones; ni respalda la postura monolítica que se erige como única.

1. Cf. BEUCHOT, M., *Tratado de hermenéutica analógica*, Itaca-UNAM, México, 1993, p. 17.

La hermenéutica analógica no restringe su relación con otras teorías, pero lo hace interpretativamente. Por eso no es condescendiente con todas las visiones posibles. Aceptarlo todo implicaría un equivocismo bifurcado en la imprecisión conceptual. Por el contrario, la hermenéutica analógica es equilibrada como consecuencia de su labor interpretativa. Al hacerlo comprende y sustenta filosóficamente. Es abierta justamente porque no lo admite todo. Propone, concede, acepta y niega, bajo la égida de la interpretación. Así pues, es dialógica sin ser subordinada a otras posturas. Crea puentes de comunicación apelando a su propia precisión.

Al respecto, Beuchot enfatiza que la hermenéutica no procede metodológicamente bajo el criterio positivista de la verificación. El fenómeno interpretado no es estrictamente un objeto frente a un sujeto. Interpretar no es verificar. El fenómeno dilucidado dista de ser un mero objeto. Por ende, tampoco el hombre se caracteriza por ser una unidad plena de sí abocada a explicar en qué consiste el mundo. La polarización del sujeto-objeto es, de suyo, ajeno no sólo a la interpretación como capacidad epistemológica, sino firme adversario de la analogía cuya ontología promueve la relación conciencia-mundo como instancias co-originarias.

La teoría de Beuchot admite, junto a la tradición hermenéutica, que no hay un sujeto autosuficiente frente a un objeto acabado y presto a ser descrito. Tampoco concibe al mundo reducido a criterios nomotéticos y nomológicos. Por tanto, si la realidad no es la polaridad de dos entidades frente a frente; si la verificación no es el referente epistemológico por antonomasia; cabe enfatizar que la hermenéutica se presenta como una instancia irrenunciable (no sólo para dilucidar el sentido de las cosas, sino de sí mismo y de los demás). Al hacerlo reitera que las explicaciones epistemológicas, éticas, ontológicas y metafísicas, son complementarias desde una exploración interpretativa.

Una de las preocupaciones del Tratado de hermenéutica analógica es cuestionar la llamada “desontologización de la hermenéutica.”² Beuchot advierte:

*En la actualidad sea dado un proceso de des-ontologización de la hermenéutica. Se le ha querido desvincular de toda fundamentación ontológica o metafísica dado que se proclama la ausencia de fundamentos y un relativismo muy extremo. Por eso es necesario recuperar para la hermenéutica su relación con la ontología.*³

Incluso, la propia hermenéutica se ha distanciado de cierta manera de la metafísica ponderando, por ejemplo, al lenguaje como fundamento último; tal es el caso de la filosofía de Gadamer. Afirma Beuchot que si bien Gadamer comprende la verdad como manifestación o *aletheia*, no se compromete con una visión metafísica de la realidad. Beuchot nos explica que la verdad entendida como revelación puede quedar arraigada en el puro sentido sin referencia alguna: “La verdad como manifestación o presencia es la verdad como sentido, no como referencia.”⁴ Empero, de la verdad como manifestación o des-velación, afirma el autor mexicano, no se sigue la eliminación de toda metafísica posible. Y aunque el propio Gadamer concibió esta alusión metafísica en la relación finito-infinito -como bien nos señala Beuchot-, arraigó su teoría en el ámbito del lenguaje.

El proceder de la hermenéutica analógica es distinto al proceder gadameriano. Acepta la relación infinito-finito, pero a diferencia de Gadamer, se compromete abiertamente con la metafísica. Empero... “Este infinito del ser que descubre la hermenéutica, la hermenéutica no puede explicarla: Sin embargo, nos conduce a ella.”⁵ Incluso, negar el fundamento nos puede llevar a una filosofía práctica que, paradójicamente, se erija como principio. Sin embargo, como bien acota el autor, no hay filosofía práctica que sea fundamental. La practicidad no puede ser fundamento primero porque le antecede lo no generado por lo humano. Así pues, la hermenéutica analógica visualiza

2. *Ibid.*, p. 95.

3. *Ibid.*, p. 95.

4. *Ibid.*, p. 97.

5. *Ibid.*, p. 98.

a la metafísica como imprescindible en la reflexión filosófica. Sin ser necesariamente opuesta a la visión práctica, el carácter contemplativo y argumentativo de la metafísica, no puede ser desacreditado. Apelar a un primer fundamento no se limita a la deliberación conceptual entre antecedente-consecuente. Aunado a esto, exige una actitud respecto a lo que se reflexiona. Desde la hermenéutica de Beuchot la metafísica implica una actitud que pondera la prudencia, es decir, se trasluce analógica. Es mediadora y tiende a propiciar una actitud que reafirma el vínculo entre lo metafísico y lo ético. El equilibrio interpretativo de la prudencia no puede ser ajeno a la reflexión y disposición contemplativa que exige la metafísica. Podemos afirmar que ser vitalmente ajeno al fundamento, aun concibiéndolo como soporte lógico y práctico, es un desarraigo. De allí que la metafísica conlleve a la phronesis como disposición de sí, del otro y del sentido originario que presupone al Ser. Admitir un vínculo metafísico es intentar comprenderse en él. No se puede pensar en el origen sin sopesar dicho significado para sí mismo. La analogía permite este vínculo porque pondera la actitud prudencial. Actitud que implica una disposición y praxis acorde a este convencimiento de sí en lo Otro. En sentido estricto la analogía no mira al origen como una alteridad ajena e inescrutable; tampoco minimiza la posibilidad de arraigarse en el Ser en favor de criterios de verificación empírica. Por el contrario, abre la posibilidad de que la analogía vincule y, por ser hermenéutica, lo haga interpretativamente. Así, pues, hay una relación entre metafísica y ética. Veamos a qué se refiere esta segunda para ver su conexión con la primera.

La ética que se sigue de la hermenéutica analógica es una ética prescriptiva y no descriptiva. De allí que Beuchot hable de virtudes abiertas a la universalidad. La ética hermenéutica supone al otro. Comprende que el solipsismo arruina la posibilidad de una moral. Se es virtuoso en pro de sí y de los demás. Se es prudente no sólo ante las cosas, sino sobre todo respecto al proceder mutuo. De allí que Beuchot nos hable de la phronesis como universalidad analógica. Una actitud analógica que pondera el diálogo. Actitud que comienza por el sentido de sí. No se puede proceder virtuosamente sin admitirse como tal. Pero dicha admisión no es un recurso externo respecto a sí.

Por el contrario, el sí mismo camina en su saber y sentir vinculante y dialógico, es decir, analógico.

La virtud se alcanza con el otro. Se reafirma en el prójimo al afirmarse en sí mismo. No hay virtud sin convicción. Y no hay virtud que no se origine desde la interioridad humana. La prudencia, al ser analógica, no se despliega como una condición unilateral o una adquisición externa. Es analógica porque al provenir de sí comprende que ha sido cultivada por los otros. Por esa misma razón regresa a los demás como un modo equilibrado de afrontar las dificultades que tienden a oscurecerla. Por ende, la analogía es reciprocidad. De allí que Beuchot hable de la actitud hermenéutica. Al ser una actitud no se reduce a una planificación. Sin excluir lo anterior podemos sustentar que se es virtuoso porque se vive con los demás de ese modo.

Para Beuchot la virtud prudencial proviene de sí fomentada por el otro, es decir, los que nos han antecedido pueden cultivarnos y despertar esta capacidad ética. Somos susceptibles de recibir la impronta de la virtud porque está en nosotros el ser virtuosos. Es como señala Octavio Paz al hablar del lector de poesías: “Cada lector busca algo en el poema. Y no es insólito que lo encuentre: ya lo llevaba dentro.”⁶ De igual manera la *phronesis* se fortalece como actitud porque no es extraña sino implícita a nuestro ser. Logra comprenderla porque de algún modo su sentido ya estaba en él. Cultivarla en circunstancias que exijan deliberación es presuponerla como propia, como transformadora del mundo y como incitada y, a la vez, otorgada por los demás. Pero también es sustentar la idea de que la prudencia es una actitud hermenéutica. Se posibilita puesto que sopesa, evalúa y contrasta situaciones y decisiones. No es ajena al rigor interpretativo. No se trata del buen comportamiento sin reflexión y apropiación interpretativa. Ser prudente es ser analógico porque el equilibrio proviene de la interpretación.

Podemos afirmar con lo anterior que la prudencia es analógica y es ontológica. Cultivar la prudencia es ponerla a prueba mediante las diversas circunstancias que nos afectan. Es una dimensión originaria

6. PAZ, O., El arco y la lira, Obras Completas, Tomo 1: La casa de la presencia, FCE, México, 1999, p. 50.

que permea el entorno interpretándolo. De lo contrario la virtud se erigiría como un referente externo que no necesariamente revelaría el ser del hombre. De allí que la virtud sea ética porque es ontológica.

La virtud no sólo establece una relación con los otros, sino que – podemos deducirlo del Tratado de hermenéutica analógica-, es una exigencia íntima al meditar sobre la metafísica (entendida ésta no sólo como recurso conceptual, sino como convencimiento personal). La phronesis es templanza y meditación del fundamento. A la par es deliberación interpretativa de los actos propios y ajenos.

El origen o sentido metafísico ha sido una preocupación permanente para la filosofía. Esta inquietud no es sinónimo de una ocurrencia cultural o individual, sino una necesidad de explicarse meditando en lo primigenio. Es la inquietud de entrever el sentido de todo cuanto “es”. Esta reflexión presupone una disposición vital que no puede ser, como decíamos, ajena a la ética. Incluso, es prudencial porque no reniega el fundamento por hegemonizar lo humano. Supone una relación ético-vital porque la prudencia, como virtud meditativa, no necesariamente es ajena a una interioridad que reflexiona y se sensibiliza ante interrogantes metafísicas. Pensar, intuir, preguntar o admitir ciertas respuestas es un recurso conceptual para filosofía cuando debate problemas metafísicos; pero también una actitud que no es excluyente de la phronesis o la interpretación analógica.

La hermenéutica emerge como la prudencia de saber que el hombre se explica mediante el Ser y que el Ser se vislumbra como problema desde lo humano. Beuchot habla del vínculo entre ética y metafísica porque ambas ponderan la analogicidad. Preguntar por el fundamento es saberse perteneciente al Él. Su pregunta nos arraiga. La metafísica es ética porque propicia un saber prudencial que se origina desde la admisión conceptual y sensible del fundamento. Esta meditación, al ser consecuente entre pensar, actuar y sentir, promulga el círculo virtuoso: interpretarse interpretando. Circularidad que afianza vínculo entre ética y metafísica, es decir, entre convicción de sí y fundamento originario.
